

Aliento fugaz

Ismael Morales



Capítulo 1

El óxido del iris parpadeó ante su lento paso, descarrilando el macabro deseo de cenar océano embravecido el sábado por la noche con una copa de sus ojos tintos.

Tras el desayuno de verano, ante la salpicadura de la tarde temprana, busqué una ventana a su alma entre las rendijas cromadas de las memorias.

Me bebí sus ojos con leche y azúcar de caña, llenando el tanque de tormentas que se escondía en su corazón.

Almorzamos en la rama polvorienta que emanaba de su humildad, apuntalando la vida a la pared con una estaca de pasión astillada.

Sangramos por el desagüe de nuestras almas, desfloradas; besamos el tiempo con el filo de nuestros labios y lo aderezamos con el calor de nuestros abrazos.

Dormimos bajo las acres sábanas de la espera, con la almohada de la esperanza agarrada en las manos y la manta de la eternidad sobre los frutos de nuestra etérea fugacidad.